

Juan Manuel Cortelletti

SECCION 6





Juan Manuel Cortelletti
Mil Gotas ©
1000gotas.com
ISBN: 978-631-00-1156-1

Diseño y diagramación:
Flavia Luck

Segunda edición

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

Prólogo.....	11
Último escarmiento.....	15
Adán de caledonia.....	22
El orden de las cartas.....	33
Sección seis.....	36
Nuestro matadero.....	42
La caja.....	44
Todo lo antiguo.....	51
El idioma de la insubordinación.....	53
Los otros muertos.....	59
El descargo.....	65
El acta.....	72
Lucidez final.....	76
El pasaje.....	78
Presencia.....	94
Gravedad invertida.....	101
Gravitación.....	110

Prólogo

A principios del siglo XX, proliferó una literatura escrita por extranjeros en China. Desde los testimonios de viajes de la reportera victoriana Isabella Bird hasta las novelas bélicas de J. D. Ballard, libros en inglés, francés, alemán o incluso checo se multiplicaron. Muchos de ellos intentaban mostrarles a los lectores occidentales la vida cotidiana en un lugar que parecía tan lejano y misterioso. No es extraño que la mayoría de estos libros cayera bajo el epíteto de “crónicas” porque buscaban dejar testimonios de un tiempo y un lugar. China circunscribía a lo concreto, al aquí y ahora, a expresar el suceso y reflejar el día a día. Vivir en un país que había diseñado un microcosmos para sus emperadores o construido una muralla que se veía desde el espacio ya era suficiente para agregar algo más. Lo inverosímil de la realidad atentaba contra la ficción.

Esta literatura decayó con las salidas masivas y deportaciones a partir de la invasión japonesa (en China la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1937) y, prácticamente, se extinguió con el triunfo de la revolución en 1949. A partir de ese momento, aparecieron memorias, testimonios finales que trasmitían la nostalgia por ese mundo perdido o indagaban en la decadencia de los guetos extranjeros durante las décadas previas. En todo caso, desde China o sobre China, solo se podía escribir una cosa: no ficción.

La propuesta de Juan Cortelletti es la contraria. Aunque este libro fue escrito mientras su autor vivía y trabajaba en Pekín, sus cuentos rara vez hacen referencia a un tiempo y un lugar. Parecen ficciones abstractas, desprovistas de todo costumbrismo, cuyos

personajes podrían interactuar en las afueras de Buenos Aires o trabajar en las oficinas de una multinacional en Singapur. La mayoría de estas narraciones indagan en lo fantástico, en profecías autocumplidas, en trámites absurdos que deben ser realizados a la perfección.

En el primer relato de esta colección, el narrador encuentra, entre los poemas inéditos de un amigo difunto, una revelación que pone un signo de pregunta a su muerte (o a la de la especie humana). La literatura se cuele como parte de la pesquisa y recuerda a esa tradición latinoamericana que coloca a la poesía como una parte de la trama policial. En los textos que le siguen, abundan las historias de oficinas. Reglamentos, circulares, manuales de uso, memos, camisas y corbatas exceden la capacidad de los personajes y, en muchos casos, ocupan el centro de la trama.

En este mundo de papeles y engrapadoras, los protagonistas preparan y ejecutan un ritual que por algún motivo se repite una y otra vez. Al final, sucede lo inevitable: se transforman en oficinistas. Aceptan las reglas de juego y dan por natural el entorno que los rodea. No hay extrañamiento en ellos, sino una aprobación constante de lo que está sucediendo. Por eso, las narraciones trabajan en el contrapunto, en el diálogo con el lector que cuestiona el manual de procedimientos.

Entre el microrrelato y la fábula kafkiana, las narraciones que componen Sección 6 se sumergen en lo burocrático. A veces, el trámite inicia como una simple mudanza, otras veces el protocolo exige la total dedicación por parte de los trabajadores. Lo cierto es que lo administrativo aparece en distintas formas: a través de la voz de uno de los personajes, en una planilla que lleva el encargado de un flete, en el orden que deben mantener unas cartas o, incluso,

en la descripción orgullosa del modo de trabajar en un nuevo matadero. En todos los casos, existe un reglamento que determina las posibilidades de acción y los pasos a seguir.

Al contrario de las crónicas, memorias y diarios de principios de siglo, Cortelletti apuesta por el enrarecimiento. Busca producir la sensación de estar en un universo extraño, que no se comprende, pero cuyas consecuencias son palpables e incuestionables. La sensación de habitar un mundo insólito, delimitado por reglas que se desconocen, se multiplica con cada página.

Como en el cuento “Todo lo antiguo”, donde un grupo de niños merodea las casas mientras los sabios arrojan al fuego los libros del pasado, China aparece cifrada. Esta fábula es, al mismo tiempo, una reescritura de la leyenda del primer emperador Huangdi que decretó que la historia empezaba con él, así como una reinención de la Revolución Cultural, cuando los jóvenes guardias rojos se arrojaban contra todo aquello que recordara al pasado.

Así, Sección 6 abre el juego y transforma a China en un país de ficción.

Salvador Marinaro

ÚLTIMO ESCARMIENTO

Para Nicolás, poeta.

La muerte de Manuel Falconi, mi gran amigo, me dejó devastado. Habíamos cenado en el jardín de mi casa con varios amigos la noche anterior al derrumbe. Como siempre: habló, se rió, gritó, hizo gestos exagerados y leyó en voz alta algunos de sus poemas recientes, eso recuerdo. Fue el último en irse, un poco borracho, pidiendo disculpas desde la puerta por sus exabruptos surgidos al calor de las polémicas sobre cualquier tema que caracterizaban nuestros intercambios.

Me enteré a la mañana siguiente, por la radio. Lo que primero fue una noticia general, de esas que escuchaba con indiferencia, se transformó en un dato íntimo a medida que se revelaban los detalles. La información específica -Villa Pueyrredón, calle Cuenca, un hombre que vivía solo en una casa antigua- hizo que la voz del locutor penetrara las barreras de protección contra el mundo exterior que mi mente había montado con paciencia para infiltrarse en la casi inexpugnable esfera interior, donde apenas circulaban algunas personas y contadas ideas.

No podía ser, pero era: "Derrumbe en una vivienda de calle Cuenca al 6060". Tuve que confirmar lo que escuchaba a través de llamados a amigos y vecinos de Manuel, para finalmente aceptar que los cotidianos "horrible tragedia" y "lamentable siniestro" significaban esta vez otra cosa.

Con el paso de las horas, los medios advirtieron algo extravagante: la casa se había venido abajo de golpe, como un castillo de naipes, mientras que

las propiedades linderas se mantuvieron intactas. Entrevistaron a un ingeniero y a un arquitecto que dijeron que en un escenario de derrumbe total (“holístico”, dijo el ingeniero), donde nada queda en pie, lo normal es que las construcciones vecinas se vean afectadas parcialmente. Sólo una muy poderosa explosión de gas, acumulado por varias horas y distribuido en todos los ambientes de la casa, podría haber causado algo semejante.

Esa misma mañana tomé un taxi y apuré al chofer hasta el lugar, que estaba cerrado con una cinta amarilla de la policía. Entre un edificio de cuatro pisos y un chalet de dos plantas con ladrillo a la vista, el generoso hogar de Manuel se había convertido en un depósito de escombros transitado por peritos técnicos y obreros de la municipalidad.

En un momento de distracción del agente que vigilaba el acceso pasé por debajo de la cinta y caminé sin mirar atrás hacia el fondo del terreno. Hice crujir fragmentos de tejas y azulejos partidos. En la zona de lo que había sido el baño vi filos de loza verde y una parte irreconocible de un mueble de madera oscura; donde debía ser la cocina, asomaba entre pedazos de revoque la vieja heladera Siam, como un robot emergiendo del polvo en una escena apocalíptica.

Tambaleándome, sin creer del todo que esas ruinas fueran la prolija casa en la que había pasado tantas tardes, continué escrutando el suelo con un nivel de atención obsesivo; quería encontrar alguna pista que pudiera conducir a una explicación racional de lo ocurrido.

Esa mirada de detective alejaba por un rato la tristeza que –sabía– me atacaría en el momento de mayor debilidad. No era la primera vez que exploraba las causas objetivas de una desgracia –como si tuviera

que exponerlas frente a un tribunal académico, con el secreto propósito de diferir el momento de enfrentarme, desnudo, a sus consecuencias prácticas. La presunta investigación, ese autoengaño, podía con un poco de imaginación durar meses, años o décadas.

Removí algunos restos de la casa con los pies: aparecieron un disco quebrado, hojas de computadora, pedazos de una maceta. En todas partes había algo de vegetación, hojas verdes y marrones, y tallos, muchos tallos, finos, medianos y gruesos como pequeñas ramas. Seguí el recorrido de esas plantas y advertí que estaban interconectadas, como un tejido. Se escondían debajo de los escombros y volvían a salir. Caminé por distintos sectores y noté que la cantidad de ramificaciones era excesiva, un verdadero entramado que se extendía por toda la antigua casa. Mi amigo tenía una enredadera grande en una pared del patio, al fondo del terreno, pero la presencia de ramas, hojas y tallos retorcidos en la zona del cuarto, del living o la cocina era llamativa.

Me agaché para tocar uno de los troncos verde amarronados que circulaban como arterias por el derrumbe. Lo noté firme y fibroso. No estaba cortado sino que continuaba unido a su fuente, ubicada en el pequeño jardín de la parte de atrás de la vivienda. Miré con atención la raíz y vi que algunas de las ramas que brotaban de la tierra tenían un color entre marrón y rojizo, vivísimo, que reflejaba plena actividad.

Estaba tan concentrado que no escuché el grito del policía que segundos antes había descubierto mi presencia y me empujaba el hombro con mano firme. Le expliqué que era amigo del dueño de casa, como si eso justificara mi irrupción. No me contestó: solo negó con la cabeza, aburrido, y señaló la calle.

En el velorio hubo gritos y algún desmayo

por incomprensión ante la muerte extemporánea. Permanecí abstraído, hibernando. No podía quitarme de la cabeza las imágenes de los despojos de la casa atravesados por la extraña urdimbre vegetal.

Había llevado una mochila con cuadernos que Manuel iba acumulando en mi domicilio cuando nos reuníamos a leer y conversar, para devolvérselos a algún familiar. Había de todo: impresiones de computadora con textos terminados, manuscritos y anotaciones, hojas sueltas con poemas sin corregir. Pero ante tanto dramatismo no me atreví a interactuar con nadie. Volví a mi casa de noche, triste y aún cargado con las pertenencias de mi amigo.

Estaba solo, sentado en el sofá, sin nada que hacer ni que pensar, cuando percibí la sombra de una melancolía espesa queriendo colarse en mi estado de ánimo. Le hice una finta: me paré de una vez, abrí un whisky, salí al patio y extendí sobre la mesa los cuadernos y papeles de Manuel. El aire cálido, el sabor ahumado del trago y la vegetación del jardín iluminado me sosegaron y predispusieron a la lectura.

Últimamente, había empezado a escribir cuentos y poemas diferentes al estilo al que me tenía acostumbrado. Al principio, años atrás, estaba concentrado en ensayos de semiótica que a duras penas podía entender. Luego dio un salto cualitativo con cuentos extensos, complejos y de trama fantástica que incluían fragmentos alucinantes. Pero los textos más recientes, para mi desconcierto, se referían exclusivamente a la naturaleza.

Decía que de muy joven había tenido una relación especial (íntima, contaba) con el entorno físico de su Villa la Angostura natal, sobre todo con los paradisíacos lagos y montañas que la rodeaban.

Pero la mudanza para cursar estudios universitarios, las primeras experiencias profesionales y la excesiva urbanidad acumulada lo habían alejado de ese vínculo espontáneo, de ese diálogo que le hacía pensar que, a diferencia de su familia y amigos, de verdad comprendía lo que pasaba a su alrededor.

Y lo que pasaba no era nada bueno. Desde una aproximación literaria, aseguraba estar convencido de que el planeta estaba tomando revancha. Que las catástrofes naturales cada vez más frecuentes no tenían relación alguna con la degradación del clima sino con una simple reacción de la tierra ante el intento de dominarla. Como un caballo que se retuerce para sacarse de encima al aspirante a domador, el mundo vibraba, fastidiado ante la arrogancia de los sistemas de geoposicionamiento global, los satélites y los servicios meteorológicos. Cada tanto se hundía un barco o se perdía un avión y no quedaban ni rastros; bramaba un terremoto que nadie había previsto o se venía abajo la ladera de una colina que había estado siempre ahí. El mundo nos recordaba que podía hacer lo que quería, cuando quería.

Sus poemas, sublimes y recargados de locura, describían una supuesta conspiración de la naturaleza para dar al hombre un último escarmiento. Hacía referencias a un sistema, que según él interconectaba fenómenos diversos y que bien podía expresarse a través de un alud en el Sudeste Asiático, un huracán en México o una inundación en la Argentina. Alguna vez le deslicé que exageraba o que estaba medio loco – aunque yo no perdía interés en su relato-, pero Manuel era intransigente: él podía verlo y yo no, así de simple.

Me serví otro whisky y releí un poema sobre la erupción del volcán Cabulco que mi amigo había

escrito meses atrás. Estaba subrayado, quizá con la idea de elaborar una versión más breve:

*“Polvo erecto al fragor eruptivo del cielo de abril
antojo enterrado
oímos los opacos retumbes de la montaña
emisaria lenguaraz del mundo
como puertas cerrándose a lo lejos.
Hasta en los pechos más bravos del pueblo,
se extendió un pavor infantil,
que facilitó la comunión,
una solidaridad densa,
anclada en esta guerra sin enemigos
y en un primitivo sentimiento de pertenencia a la
especie”.*

Las últimas veces que lo vi me juraba que se había activado un mecanismo peligroso, que ya estaba en curso, pero que él sólo podía plasmarlo en lenguaje poético. Me gustaría poder probarlo de otra manera, decía, que el esfuerzo no sea sólo literario, no puedo argumentar nada en un poema.

Pasé varias horas tomando y repasando sus anotaciones. Me perturbó encontrar un cuaderno de tapas negras con dibujos de figuras humanas, palabras sueltas y gráficos esquemáticos del planeta con líneas que se cruzaban por la parte central. Para mi total asombro, vi también algunos cálculos matemáticos.

En una página con manchas de café encontré estas líneas:

*“Hay hechos del mundo
(algunos son poemas)
que se clavan inesperados*

como hierros”.

Continué leyendo hasta que me encontré con un texto, tachado y reescrito varias veces, que me hizo temblar. Me sacó del mundo, me aisló como si estuviera encerrado en una cápsula. Dejé de escuchar, de ver el entorno.

Era delirante, pero lo encontré concluyente.

Pensé incluso que podía estar alucinando y tuve que repararlo:

*“...ocupa territorio domiciliario la trepadora
ni el mal cocido invierno detiene su aliento irracional
alardeando impunidad por las mamposterías
derrumbadas a su paso
la danza de las trenzas se alarga.
¿Qué voluntad oxigena el frenesí de esta teleología?
Un encadenado de genes
que reafirma su silueta espiralada
y le susurra ¡ve, conquista!
La vanidad de encontrarse a sí misma en otro patio,
lo que alcanzan los ojos,
es apenas la cabellera clorofílica del monstruoso arbusto,
el apetito subterráneo de la Medusa,
Sola y acechante,
como un talismán telúrico de castración urbana,
confía dar un abrazo final que borre concreto,
hierro y piedra bajo su manto,
el crujido último que devuelva al polvo todo rastro
de lo que fuimos”.*

Aplastado en la silla, con el mundo dado vueltas y sin referencias, cerré los ojos y me quedé sentado solo en medio del jardín.